

MI DIÁLOGO CON GABRIELA MISTRAL

Por Gonzalo Rojas

Lo primero es el límite. ¿Quién soy yo para venir con esto de un diálogo con la Mistral? Hay otros mejores a escala de poesía y —para qué decir— de teoría. Además no la vi nunca de cerca, ni hablé con ella. Pude haberlo hecho como Borges esa vez en Yale cuando estuvimos a dos metros, pero en uno y otro caso les hurté el bulto. Me bastó siempre con leerlos. Ella me escribió el 48, recién nacida *La Miseria del Hombre* y después siguió preguntando por mi suerte. Todo eso inmerecido, desde luego. Pero algo nos ataba desde lo hondo, más allá de la genealogía natural de los poetas: el valle Elqui de mi abuelo Jacinto, tal vez; que era el mismo suyo, y hasta ese Rojas hebraico según ella, apellido segundo de su madre. No es que yo reclame ascenso o descenso sanguíneo de ella, ni abuelaje remoto de ninguna especie, pero algo pudo haber; sin concederle mayor importancia a la cosa. Por último todos somos de la parentela allá abajo, más por lo feos que por lo donosos en el vecindario mestizo de ese Elqui ancestral. Palabras primorosas y giros que oí de niño en Ovalle sin las mismas voces arcaicas que ella tanto amó: Fustán, gamela, pichel, “niño de moledera”, o cualquiera otra así; sonoras y finísimas, que ya nadie entiende. Además ese tono de dejadez, ese des-tono o mono-tono, ese airecillo como cantado para decir las cosas tan a ras de suelo, y las elipsis y las elusiones tan de aquellas montañas. —“La pava la decían la pava”, me informó aquella vez esa paisana suya de 80 años, doña Bella Merino Paz, en la punta de Montegrande. “Le decían así por lo crecida que era y ese pañuelo de loca al cuello; que no hablaba con nadie ni miraba a nadie. A las puras piedras miraba”. Algo así me dijo también con mayor recato la señorita Josefina, que nació y murió señorita como la Mistral, hermana de mi padre y maestra asimismo de primaria como ella, tan próxima en todo a su persona, lo mismo en el formato físico que en el otro moral.

Concentrarme, debo concentrarme en el diálogo mismo con su sistema imaginario en cuanto a simpatías y diferencias como dijera Alfonso Reyes, el otro paisano suyo, de México. Bien me sé aquello de que el poeta es un ser atrapado en una

relación dialéctica: transferencia, repetición, error, comunicación con otro u otros poetas y ese vínculo se cumple entre la fundadora y este viejo aprendiz suyo aficionado a su música.

Pero de niño no la supe oír en su palabra desollada por la voinglería acaso, tan opuesta al natural de su sencillez, y esa reverencia didáctica exterior. Cualquiera hablaba de ella en esas aulas húmedas de los viejos liceos chilenos. Cualquiera la declamaba y la vaciaba. ¡Pobre Gabriela! ¡Lo que fueron para ella esos horrorosos libros de tapa dura, de Guzmán Maturana, irrisoria contribución al aura no tanto de su prestigio como de su descrédito entre los muchachos ásperos y limpios de corazón; mamotretos de la *pedagogía* donde de veras no leímos sino que tuvimos-que-leer aquellos “piececitos” a la fuerza, esas “caperucitas” que Dios nos libre. ¡Y la declamación de los lunes de la Mistral, madre santa! Me cerré, literalmente me cerré, como sin duda les ocurrió a tantos otros.

Paro ya al clarear la adolescencia, 15:16, cuando por la oreja izquierda me entraba lo áureo de la clasicidad mientras por la derecha la modernidad irreverente de Apollinaire para acá, se me dio la gran síntesis en la punta de mi cabeza de muchacho. Cayó de golpe en mis manos por azar *Selva lírica*, la antología cruel y antimodernista de Julio Molinas Núñez y O. Segura Castro. Una de las figuras máximas allí era la Mistral y entré en sus grandes textos desgarrados. Estrecho de entendederas como soy paré los otolitos en la endolinfa de las disonancias y en la fiereza verbal más que en la melodía. Versos como “el hierro que taladra tiene un gustoso frío/ cuando abre cual gavillas las carnes amorosas” y “la cruz / tú te acuerdas oh Rey de los Judíos/ se lleva con blandura como un gajo de rosas” me zumbaban con un zumbido especial, tenso y desmesurado. Aún recuerdo lo cortante y finísimo de líneas como aquello de la maestra rural: “largamente abrevaba sus tigres el dolor”; unos tigres por cierto que nada tienen que ver con los tigres de Borges ; u otros acordes entrañables como “cien veces la miraste, ninguna vez la viste”. Pero nada acaso como el desparpajo de sus blasfemias, a lo Isaías. Voy hablando de *Desolación*, como se ve. Intensidad y patetismo, todo lo que quieran; desmesura, mal gusto. Pero una cosa sí: veracidad de sentimiento, desgarrón afectivo casi quevediano. Y no es que por esos días

yo fuera un consentidor, un complaciente: muy por el contrario. Estaba de acuerdo con el Neruda de *Caballo Verde* y su sentencia: —“Quien huye del mal gusto, caerá en el hielo”. Me conocía ya entonces, con relativa profundidad, el arco mayor de la lírica hispana del Renacimiento y del Barroco, “mi Manrique (personal), mi Góngora, mi Quevedo”, como está escrito en la pauta nerudiana, aunque él no incluye a “mi” Juan de Yepes. —Hasta el postmodernismo me conocía ya; Eguren, Herrera y Reissig, López Velarde, incluso; ¡Sin olvidar el mejor Rubén Darío! Por eso mismo pude registrarla en su prodigio barroco y desigual, más allá de las dulzainas de un Nervo cursi en exceso, (¿Qué pudo fascinarla en él, salvo el culto del ocultismo y del esoterismo?) y más allá también de las piruetas precursoras de la vanguardia. No incluyo en esto último lo que ella misma llamó “la reforma poética de anchas consecuencias de Vicente Huidobro, el inventor del creacionismo”. Pero no fue sólo la “veracidad” alabada por Keysserling, y opuesta a la otra cuerda suramericana de la “delicadeza” lo que dinamizara o tonificara en mí esta primera adhesión a la Mistral sino otro estímulo: el riesgo de una plasmación verbal siempre al filo del estallido y esa suerte de pedregosidad en la expresión, tan ajena a la proporción áurea de Valéry cuyos textos *La Joven Parca* y *El Cementerio marino* ya me había leído igualmente fascinado; lo que ahora me prueba que siempre funcionó en mi adolescencia la imantación y el reclamo de los dos polos: el volcán y el sosiego. Volvamos, pues, a la visionaria para insistir en que tal desborde impuro obedecía acaso a un insistente NO a las asechanzas del encantamiento verbalizante del modernismo, o del post. Veracidad, austeridad al fondo del gran pathos, eso me conmovía: “*concupiscencia como espesa lava*”, aunque el adjetivo no pareciera muy feliz al crítico Raúl Silva Castro. Lo volcánico, y hasta lo frenético, pero a la vez el rigor. Por eso me dolía tanto que unos cuantos necios la compararan sin más con esos versificadores pomposos y livianos: el Víctor Domingo Silva, el Daniel de las Vegas y hasta un declamador de salón y de feria de apellido Flores que escribió una pieza de oropel con el designio de *SEÑOR*, parodia deslavada del intensísimo *El Ruego*. Pues esos públicos ignaros, y algunos señores más o menos letrados, ¡preferían el sonsonete de *Señor* a *El Ruego* mistraliano! Sólo los poetas genuinos del Chile de

ese plazo vieron en el estremecimiento de la autora de *Desolación* a un lírico mayor: Magallanes Moure y muy singularmente Pedro Prado, autor del prólogo a ese primer libro. Pero mi mocedad me exigía otras búsquedas más estrictas y temerarias y no transaba por entero con esa poética anterior a *Tala*. Más bien me quedaba con la prosa de sus recados que iban apareciendo en periódicos o en revistas de nuestra América y que yo leía con avidez. Mi diálogo con ella entonces, en ese primerísimo plazo mío larvario, fue más bien pobre; y más bien —¿Por qué no decirlo?— desdeñoso. Su ritmo abrupto y delicado no entró en mi respiro ni en mi memoria de loco. Pudo influir la exclusión que de su obra hicieron los dos jóvenes antólogos entonces Volodia Teitelboim y Eduardo Anguita en aquella *Antología de la Poesía Chilena Nueva*, el 35. Recuerdo que, pese a mis limitaciones de muchacho, me indignó esa acusación que hicieron de ella en cuanto a vieja y retardataria. Como si desde ese enfoque equívoco vaticinara a mis 18 años lo que ocurriría a mi propio primer libro *La Miseria del Hombre* en 1948. Justo cuando ese año 48 Gabriela celebraba mi ejercicio con deslumbramiento, los disparos llovieron sobre mí: del este y del oeste, y esa *on geschichte* de mi primera salida de Don Quijote fue para la risa; Teófilo Cid me acusó de de expresionista *demodé*, sin saber lo que era el expresionismo, Alone de catastrófico, un señor Rossel de hijo de Campoamor, Ricardo Latcham de “morbo nuevo”, Silva Castro —el mismo detractor de la Mistral— de libertino y exhibicionista de mis vísceras; el profesor Eliot de vehemente y vociferante. ¿Qué será de esos críticos sagaces? ¿Dónde habrán anclado por fin? ¿En cuál de los cementerios?

Por ahí debe andar todavía, si es que anda; o estará durmiendo polvoriento en algún anaquel de biblioteca provincial, un artículo mío publicado en el 36 en la Revista Letras del Liceo de Hombres de Concepción de Chile, con el nombre de “Los 30 años de Pablo Neruda”, a propósito de la publicación de los dos volúmenes de *Residencia en la Tierra* el año anterior, impresos por Cruz y Raya de Madrid. Allí sostuve el parentesco de las materias nerudianas y de las materias mistralianas precursoras que venían apareciendo desde 1926 en textos en prosa; antes de los poemas cosmogónicos que después vieron la luz en la primera zona de *Tala*, de 1938, con el designio

genérico de *Materias*. Aún más, en ese mismo número de la revista citada aparece un ejercicio poético mío curiosamente llamado *Un manantial del tamaño de un niño* para saludar a la Mistral.

Cuando dos años después, el 38 surge un Chile inédito en lo político y en lo cultural ‘con la guerra civil española al fondo’ y una mudanza estética en profundidad, merced a la dialéctica de los grupos literarios y una conciencia más lúcida del oficio creador, seguimos en la obstinación de negar a Gabriela. Así es como aparece *Tala* ese 38 en Buenos Aires, en edición de la revista Sur; y nada. Parece absurdo que los jóvenes, de *ese entonces tan renovador*, que llegamos a configurar una generación coherente —como puede apreciarse hoy— no supiéramos ver en ese libro la jerarquía de una obra mayor. De entre todos esos diez o doce grupos del 38 no hubo ninguno que lo acogiera en lo que es; ni el equipo de *Angurrientos* ni el de *Mandrágora*. Tal vez el de la revista “Estudios” presidido por Jaime Eyzaguirre dijo algo de mérito desde las personas de Alfredo Lefebvre Mario Góngora, con quienes recuerdo haber dialogado sobre *Tala*. Pero las voces de mayor audiencia entre los jóvenes de mi plazo —deslumbradas aún por la vanguardia— nada. Anguita —gran poeta siempre y el más original de esos días— no dijo nada. Mandrágora, negador y parisino, nada.

El sector marxista no dijo nada desde el diario “El Siglo” o algún otro, ni Miguel Serrano (el de *Ni por mar ni por Tierra*), ni Carlos Droguett, ni Jorge Millas padre y maestro del grupo del Internado Barros Arana —la Revista Nueva—, cuyo delfín fue Luis Oyarzún, no dijeron nada. Creo que todos siguieron viendo en ella una poesía “crística” (como señaló después Guillermo Sucre) de esencias arcaicas frente a la torrencialidad de un *esprit nouveau* que ya empezaba a envejecer. Desidia, desinterés hijo de la ignorancia irreverente y de nuestro propio aldeanismo, ni siquiera alcanzamos a registrar a Borges y al mismísimo Vallejo, lo que ya era falta de vibración, o pura ignorancia. Surrealismo, sí, a torrentes, pero más bien de segunda mano, sin negar el estímulo directo de algunas cartas de Bretón (al que vine a conocer personalmente el 53 en su piso de la rue Fontaine); y algo más atrás cubismo de Apollinaire, dadaísmo de Tzara, expresionismo acaso de los alemanes y leve,

levemente algo de Pound y Eliot. Insisto en que sólo puedo eximir a dos estudiosos de mi cielo de "veedores" fieles y estrictos del sistema imaginario mistraliano: Luis Oyarzún y Alfredo Lefebvre .

Y yo mismo, ¿qué? Lo he dicho muchas veces en prólogos y documentos testimoniales. Perdón que cite, por no insistir en el mismo historial clínico, unas líneas de mi discurso de Berlín en 1988: Por eso me gustaba la Mistral en sus claves mayores de *Tala* y de *Lagar* que, habiendo vivido en el plazo de las vanguardias, no se encandiló con las vanguardias sino más bien se quedó oyendo sin prisa la lengua oral de sus paisanos de América con arcaísmos y murmullos como Teresa de Ávila, y así nos dijo el mundo entre adivina y desdeñosa. Mis compañeros del 38 se burlaban y, sin leerla, le decían vieja noventa y retardataria; pese a que ese mismo año se estaba publicando en Buenos Aires *Tala*, una obra maestra. Me divierten los críticos profesoraes y sabihondos, anestesiados por su metódica esquemática, incapaces de entrar en la trama viva e imaginaria, que insisten en proscribirla y hasta en negarla a la Mistral. Y es que no quieren distinguir en nuestra fundadora el oficio lateral de enseñar del oficio mayor de escribir y de apostarle la palabra al Mundo. Como yo mismo todavía sigo enseñando y conozco el remo del galeote, siempre supe establecer el deslinde. Alguna vez en mis años mozos, coincidí con la experiencia de silabear el mundo con los niños de nuestra América oscura y enseñé a leer a los míos lo mismo que Sarmiento y que Vallejo, lo mismo que la Mistral, en el momento mismo en que lo dejé todo por hartazgo. Hartazgo de un Santiago-capital-de-no-sé-qué; de un surrealismo libresco, de una facultad de letras irrisoria (irrisoria en esos días para mí); del ruido y de la furia. Hartazgo en fin de la publicidad vergonzosa. Me dieron un trabajo Atacama adentro, en la Sierra de Domeyko cuya mayor altura pasa de los 3,000 metros y allí fundé mi dinastía en la ventolera de esas nieves. Por ahí o más abajo pudo haber entrado en 1535 Diego de Almagro, el primer hombre blanco, a nuestro Chile. En alguna medida lo aposté todo como él, y lo perdí. Como ha de hacer el poeta. Perder y no andar ganado la gloriola, el aplauso. Los cicateros de Mandrágora me fueron a acusar ante Huidobro, ¿saben ustedes de qué? De tráfuga de la poesía y buscador de tesoros

en esos cerros. —"déjendolo", les dijo él riendo, "Gonzalo es un loco que necesita cumbre".

Cuando bajé de aquellos cerros no lo hice cantando como un converso más, sino como un poeta enriquecido por los tres estadios leídos en Zaratustra: el camello, el león y el niño. Aunque , por inconcluso, me sigo haciendo a costalazos. Sólo tal vez pasados los setenta, estoy viviendo un reverdecimiento en el mejor sentido, una reniñez, una espontaneidad que casi no me explico. Es como si yo dejara que escribiera el lenguaje por mí, y ya no me peleo con la lengua como dijera alguna vez la Mistral para explicar su propio sistema. Parece descuido y es el desvelo mayor; y Borges lo sabía. Estoy dejando que las aguas hablen, que suban las aguas y que ellas mismas hablen.

Si de alguien aprendí el despojo fue de Vallejo, pero también de la poeta chilena. Ese despojo y esa lucidez que según un crítico del Chile de este plazo sombrío y mercurial no he aprendido nunca.

El 48, sobre febrero, llegó a mi casa del Cerro Alegre de Valparaíso esa carta de reconocimiento con su destello caligráfico: "Caro Gonzalo Rojas", ese caro tan suyo . Transido de su humor leo este sólo párrafo por su sabor y lozanía: "Si *si no me le quedo* en el camino, yo cumpliré con usted. Aunque diario ya no tengo allá. Me echaron sin palabra de *El Mercurio*. No publicaban mis textos." Alguna vez he dicho con desenfado: —Soy mistraliano, ¿y qué?

Y no lo hice por mero desafío. No es que a la vez no me sienta rokhiano y huidobriano en esto de la dialéctica de las influencias, pero ella se me ofrece con singular afinidad, desde el arcaísmo al murmullo, y de lo secreto al piedrerío. Pero cada animal poético es único: yo hago mi poesía como la hago yo, y ella hizo lo suyo como lo hizo. El ritmo, por ejemplo, tan esencial en ella es también esencial para mí, aunque ella respira con neuma más bien tradicional sin metrómono alguno entre lengua oral y eneasilabo bien cortado, en los textos suyos que prefiero; en cambio yo lo hago desde el tartamudeo de una asfixia, desde otra diástole y otra sístole. Otra apreciable diferencia es la idea de circularidad en mi ejercicio de aprendizaje que me exige rescatar poemas de otro plazo y hacerlos entrar en el giro de lo inmediato, en una apuesta a la rueda que no

cesa. Lo que pasa es que como ha señalado el crítico español Pedro Provencio mi poesía no está escrita *desde un ritmo* sino *hacia un ritmo*, y mi apuesta no es tanto a la invención de un originalista sino al rescate. Así lo dice el hablante de mi texto *Saludos a Tsará*

“Tarde vine a saber que lo que no es aire
en poesía, ni rotación ni traslación, son míseros
libros
oliscos a inmortalidad, pura impostura
con *vernissage* y todo en la farsa
del agusanamiento general, llenos de hojas
donde no hay una en que leer las estrellas, una
encinta del Mundo, una tablilla fresca
ligeramente órfica”.

No, un poema como ése, jugado en esa construcción abierta e inconclusa no está para nada en los acordes de la Mistral. Aunque está claro que ella y yo pedimos la relectura incesante pues ambos somos como dije animales rítmicos, como lo fue Neruda y el Darío del que estaremos siempre viniendo. Ni lo numinoso mío es lo suyo numinoso, ni es la suya mi visión del eros; ni la circunstancia.

Algo que aprecio mucho en esta adivina es ese coloquialismo tan suyo, que nunca llega al facilismo retórico y ramplón de las modas que envejecen; ese coloquialismo abrupto y fresco que nos trae la gracia oral de los paisanos de su Chile y de su América. Y ese trato sin miedo con la realidad circunstancial.

Soy mistraliano. De ella aprendí la gran lección de no ir tras el aplauso ni figurar en la vitrina literaria. No hace mucho Diego Maquieira, un buen poeta joven de Chile, me preguntó delante de otros escritores cómo aprendí a escribir como escribo. —Demorándome, le respondí.

Lo primero es el límite, pero ¿dónde está el límite? Que excuse nuestra Gabriela parca este loquerío mío de hablar y hablar. ¡Pero es el que le debemos un oxígeno tan único! Es cierto, Joao Guimaraes, es cierto Rulfo: “Las personas no mueren: quedan encantadas”.

Gonzalo Rojas